

gesto que nadie estudiaba, que ninguno había notado, y que, no obstante, alteraba sustancialmente su fisonomía y su aspecto, no era más que la diferencia que existe entre las cuentas tristes y las cuentas alegres.



## CAPÍTULO VII.

Antes de la boda.

ERNESTO siguió imperturbable su camino y proveyó con largueza á todas las necesidades y atendió solícito á las menores emergencias. Según la voz popular, todo había caminado hasta allí viento en popa. Lo único que se le había estado dificultando conseguir á Ernesto, era un padrino rico; necesitaba un personaje y no sabía cómo alcanzarlo, porque convidar de padrino de la boda á su patrón, al dueño de la tenería, era de mal tono. Era el

tal un viejo huraño casi intratable montado á la antigua, sin relaciones y sin nada que pudiera lisonjear la vanidad de los contrayentes. Era preciso conseguir un personaje. Ernesto necesitaba á toda costa un personaje, porque tal vez había de necesitar mañana de alguna persona de posición y de influencia.

Vamos á ver cómo y de qué manera surgió ese deseado personaje.

Después de una semana en que los dos violinistas habían hecho con sus ingratos instrumentos más estragos que nunca en el sistema nervioso de los vecinos, las filarmónicas entraron una noche de visita en casa de Rebeca.

Buenas noches, chula, le dijeron á ésta besuqueándola. Buenas noches, Loretito, le dijeron á la mamá de Rebeca.

— Buenas noches, niñas, contestó ésta. ¿Qué dice el violín?

Casi no se podía hablar á aquellas niñas de otra cosa que del violín.

Invariablemente todos les hacían la misma pregunta; y es que esta es una de las actitudes más originales que puede tomar una mujer.

— Qué ha de decir el violín, contestó una de las filarmónicas. Ya habrá usted notado cómo hemos estudiado en estos días.

— ¿Y por qué ahora más que antes?

— Cómo, por qué, Loretito de mi alma; figúrese V. que vamos á tocar en un concierto las variaciones de Berriot.

— ¡Ah, bueno, muy bien! exclamó Doña Refugio.

— Esos son muchos adelantos, agregó Rebeca.

— Figúrense ustedes, agregó la más

locuaz de las dos violinistas, que Laurito Beristain se ha empeñado en presentarnos.

—¿En alguna fiesta, dijo Doña Refugio?

—En un concierto particular. Han de estar ustedes, que de hoy en ocho es el cumpleaños del coronel H, y en ese día quiere estrenar su casa.

—¿Qué casa?

—Una muy bonita que ha estado haciendo y que se ha empeñado en que se acabe para el día de su santo; y con este motivo habrá primero en la mañana la bendición de la casa, luego gran comida, desde las cinco de la tarde concierto y luego baile.

—Va á estar eso muy bueno, dijeron á un tiempo Rebeca y su mamá.

—Pero no crean Vdes. que somos tan egoístas que no las convidemos, dijo la violinista.

—Precisamente á eso venimos, agregó su compañera. Venimos á convidar á ustedes para todo, para la bendición, para la comida, para el concierto y para el baile.

—Pero... objetó Doña Loreto.

—No hay pero que valga; van todos y vá también Ernesto. ¡No faltaba más!...

—Por supuesto, agregó la otra violinista, ¡cómo había de ir Rebeca sin... sin su novio, pobrecita! Además, que nosotras estamos facultadas para invitar, porque como somos del concierto... agregó con un dengue de modestia cursi.

Excusado es decir que quedó aceptada la invitación y que todos se propusieron pasarse un buen día y una buena noche.

Después de una semana de preparativos llegó el día deseado. Desde

muy temprano estaban las violinistas vestidas de blanco y Rebeca de azul, con un vestido que le había llevado Ernesto.

La casa del Coronel no estaba situada en el centro de la ciudad, sino en uno de los barrios nuevos. Había á la puerta una banda militar y como doscientos *dilettanti* de baja estofa, que acudían al ruido.

Cuando llegaron nuestros conocidos ya estaba revestido el padrecito y encendidas las velas.

No había motivos serios para suponer que entre aquellas paredes frescas se hubieran albergado los diablos, porque no tenían objeto; pero el sacerdote procedió como si allí estuvieran todos juntos, y hacía de cuenta que en cada rincón estaba cuando menos uno á juzgar por los sitios á donde se dirigían los conjuros en latín y los asper-

jes de agua bendita. Algunas devotas se encargaban de regar flores deshojadas allí donde ellas suponían también que acababan de huir los demonios.

La conciencia del Coronel podía estar tranquila respecto á su casa por lo menos, en lo que incumbe á seres invisibles.

La comida era en el jardín, bajo una enramada hecha *ad hoc*, y el *menú* se componía de platillos mexicanos. Había barbacoa hecha por un famoso ex-ladrón, quiere decir, por un rural muy valiente y muy ginete; mole de guajolote, enchiladas, fríjoles, tortillas calientes y barriles de pulque.

Había rancho, según decía el coronel, como para doscientas altas, pues como tales contaba á sus convidados.

Circularon profusamente copas de Catalán y de Tequila, servidas por algunos sargentos.

La concurrencia era heterogénea: casi nadie se conocía; oficiales del cuerpo de rurales, familias de oficiales que se veían por la primera vez, el sacerdote que bendijo la casa, el arquitecto, el sobrestante, los españoles que le vendieron los licores al Coronel y otras personas.

En cuanto á servidumbre, era más numerosa de lo necesario, y toda estaba formada de soldados y mujeres proporcionadas por éstos, y de multitud de vecinos que habían ido á ofrecer sus servicios, para probar la barbacoa.

Completaban aquel compuesto abigarrado un centenar de muchachos y otro de perros.

El Coronel, según expresión de la mayoría de los concurrentes, *estaba muy jalado*, y según observación personal nuestra, le tocó sentarse junto á Rebeca...

De manera, que cuando Ernesto salió de la casa del Coronel, ya tenía padrino para su casamiento.

A las cinco y cuarto terminó la comida é iba á seguir el concierto. Las violinistas ya estaban en la sala afinando y poniendo pez á sus arcos.

La música iba á declinar, según el sentir de aquella concurrencia, porque no iba á hacer tanto ruido como la banda militar.

El Coronel, en vez de disponerse á oír las variaciones de Beriot, se instaló con diez ó doce de sus amigos en una pieza retirada, donde les esperaba una mesa con carpeta verde. Se permitía, pues, esta y otras de esas pequeñas libertades que están tan en boga, especialmente entre los prójimos recientemente habilitados.

Este Coronel, por ejemplo, antes de hacer casa, era lo que se llama un

manso de corazón y un pobre de espíritu; quiere decir, un bienaventurado de los del Padre Ripalda, por dos distintos lados; pero desde que enriqueció, ¡qué manso de corazón había de ser! Parece que el dinero, infundiéndole nuevo espíritu, hizo llegar á su completo desarrollo sus facultades afectivas y se volvió amorosísimo. Desde entonces saludaba á sus amigos abrazándolos y les habla con más familiaridad que antes; se ha vuelto chancista y siempre tiene un chiste ó un dicho para cada uno. Esto con los hombres. Ahora, en cuanto á las mujeres, eso es lo que hay que ver. En primer lugar, le gustan todas, y antes le gustaban nada más algunas; y luego es tan dadivoso y tan francote y tan rasgado, que dá gusto verlo. Le dá gusto á él mismo que le hablen de sus aventuras galantes, se pone tan hueco y tan ri-

sueño. En fin, el Coronel es completamente feliz. Nunca pudo figurarse que esta triste vida estuviera rodeada de tantos atractivos.

Doña Loreto, la mamá de Rebeca, estaba encantada con el Coronel.

—Qué dices, que hombre tan franco, le decía á su hija. Si no hay como la gente de mi tierra. Y dime, á todo esto, cómo estuvo lo del padrino; pues hasta ahora no me has dicho...

—Pues nada, que me dijo que él sería el padrino.

Si, pero ¿cómo supo que te ibas á casar?

—Pues nada, continuó Rebeca, afectando mucha naturalidad. Pues... primero empezó con puras flores, ya sabe V., hasta que me preguntó si tenía yo novio, y le dije que sí y le enseñé á Ernesto, que estaba precisamente frente á nosotros.

—¿Y se va V. á casar? me preguntó.  
—Sí, señor.—¿Y pronto?—Sí, muy pronto, ya fué la presentación.—Pues si se casa V., me dijo luego, yo soy su padrino. Yo ví entonces á Ernesto, y como lo oyó, me hizo seña de que sí.

—¿Qué dice V.? me preguntó el Coronel.—Pues que sí, le dije, y eso es todo.

—Pues no te pesará, le dijo á Rebeca su mamá, porque este hombre sabe hacer las cosas. Tú dirás, dicen por ahí las soldaderas, que se mataron cuatro carneros y doce guajolotes.

—Como que hay tanta gente, dijo Rebeca.

A eso de las cuatro y media de la mañana, cansados y soñolientos, atravesaban la ciudad Ernesto y Rebeca, tomados del brazo y seguidos á algu-

na distancia por Doña Loreto y su marido, los niños, las violinistas, sus respectivas mamás y otros convidados, entre los que se contaba el zapatero amigo de Ernesto que había estrenado flux.

Ernesto se fué al día siguiente muy contento á la tenería, porque había encontrado á su hombre. El zapatero se fué á sus zapatos y las violinistas al Conservatorio.

Fué necesario que el Coronel le hiciera la primera visita á su ahijada y un domingo se presentó muy endomingado y acompañado de Ernesto en casa de Rebeca.

Iba vestido de negro, de levita cruzada, botines de charol y sombrero alto. Un brillante rodeado de perlas sobre una corbata blanca con líneas rojas, y por estar en todos los detalles de la coquetería masculina, este alfiler

no ocupaba el centro de la corbata sino un lado, como se lo había visto á un jóven del Jockey Club.

Llevaba además anillos en los dedos y bastón de carey con puño de oro.

Rebeca saludó con una especie de respeto y Doña Loreto con una especie de confianza inspirada por la llaneza del coronel.

Hizo una visita muy larga durante la cual y evocando los recuerdos de la pasada fiesta, quedó convenido en que la boda se verificaría en la casa de campo del Coronel, que sacrificarían otros cuatro carneros y otros doce guajolotes, que volverían á tocar las violinistas y que leería unos versos un jovencito de la vecindad que lo hacía muy bien.

No había por supuesto frases con que elogiar al Coronel en aquella ca-

sa donde este personaje encontró ocasión tan propicia para darse importancia.

Doña Marianita Quijada estaba como orgullosa de aquellas proezas de su hijo; y hasta la Profesora, con todo y su tirantez había ofrecido llevar á dos jovencitas discípulas suyas que cantaban muy bien y tenían muy bonita voz.

La buena de Doña Marianita se había reducido á asombrarse de lo que ella llamaba las proezas de Ernesto; pero no le había pasado por las mientes preguntar de donde estaba brotando aquel dinero. Tan buenas así algunas mamás que no se atreven á pensar mal de sus hijos.

Una mañana bajó Doña Loreto á uno de los cuartos del patio de su casa.

Vivía allí una mujer á quién todos



le decían Pachita. Era baja de cuerpo y de carnes casi del todo consumidas, su cutis ostentaba esa tinta verdosa y opaca de las epidermis que no se han puesto en contacto con el jabón en largo tiempo; y sus cabellos enteramente negros estaban erizos y apagados como los de una peluca guardada, padecía de cálculos biliares y de enfisema pulmonar; tenía las manos largas y huesosas y tan flacas que no podían ocultar su anatomía. Á pesar de esto Pachita había sido una linda muchacha de mucho atractivo. Pero se había operado en ella esa espantosa transformación con que la miseria y la desgracia hacen olvidar la juventud y la hermosura.

—Como le va á usted Pachita le dijo Doña Loreto.

—Buenos días Doña Loretito

—Como se siente usted.

—Hoy no he tosido tanto como ayer apesar de la costura, bendito sea Dios.

—Está usted muy adelantada?

—Hoy quiero acabar las camisas.

—Tan pronto!

—Yo coso muy aprisa.

—No había necesidad de atarearse tanto.

—Ay mi alma, por el dinero es uno capaz de hacer prodigios.

—Es cierto, pero recordará usted que mi marido está muy gastado y hasta la otra semana pues... pasado el casamiento por que antes ya puede usted figurarse como estarémos de gastos.

—Tenía esperanza de tomar mi medicina antes del sábado para ver si evito el ataque que ya se anuncia. Cuando tomo esas cucharadas se me retarda.

—Quizá querrá Dios que no le venga á usted ahora el ataque. Ya lo verá usted, yo le aseguro que lo peor que hay para las enfermedades es la aprensión.

—Sea por el amor de Dios dijo Pachita entre dientes. Acababa de adquirir la convicción de que el Domingo siguiente estaría gritando de dolor.

—Doña Refugio sintió la necesidad de cambiar de conversación.

—¿Y cómo están los niños?

—Carlos, allí está durmiendo, el pobrecito; como no se levanta más que para arrastrarse hasta mis pies, lo dejo dormir.

—¿Carlos es el cojito?

—Sí, el cojito; y si viera V., ya el niño del Licenciado está bueno, ya anda sin muletas. A los dos los vió el doctor Lavista, pero yo no pude conseguir para el aparato; costaba veinti-

cinco pesos, ni medio menos, y nada, ni fiado me lo quisieron dar.

—¿Y los otros niños?

—Los más grandecitos me los colocó ya mi compadre don Miguel en Loreto, en la escuela de artes. Dicen que allí los educan y les dan oficio.

—Pero dicen que allí van nada más los muchachos malos, quiero decir, los incorregibles.

—Hay también muchachos buenos, y los míos van á estar entre los buenos.

—Pues, yo, no metería á un hijo mío.

—Teniendo que darles de comer ya se ve que no; pero estas hambres, Doña Loretito, estas hambres... Figúrese usted que en la semana pasada nos quedamos todos sin comer varios días, y no tiene V. una idea, Doña Loretito, de lo que yo sentía cuando me pedían

de comer mis hijos, sin tener que darles. El viernes comimos todos la cazuelita de frijoles fríos que nos trajo Florencia. Si no hubiera sido por eso, nos acostamos otra vez sin probar bocado. El pobrecito de Luís consiguió medio de pan.

—¿Y cómo hizo?

—Fingió en el tendejón que se le había caído medio, y lo hizo tan bien, que le dieron el pan.

Era noche; nos reímos mucho porque Luís tiene mucha gracia para platicar y nos divirtió contándonos la escena del tendejón, y con la disputa con sus hermanos que le echaban en cara no haber pedido un real.

—¿Y la niña?

—Anda en la calle vendiendo las puntas.

—¡Todavía!

—Hace dos semanas que las nada

corriendo, y lo más que le han llegado á ofrecer son doce reales, cuando usted misma me dijo que valdrían ocho pesos.

—No, si son las gentes, exclamó Doña Loreto.

En esto llegó Altagracia, que así se llamaba la hija de Pachita. Era una muchacha alta y delgada, de pelo rubio, que frisaba en los catorce años, y ya revelaba, por lo macilento de su rostro, los horrores del hambre:

—¿Las vendiste? le preguntó Pachita.

—No, mamá; ahora me ofrecieron un peso.

—¿Y quién fué esa infame? preguntó Doña Refugio.

—Doña Marianita Quijada, dijo con naturalidad Altagracia; cómo me dijo V. que las llevara.

Doña Loreto hizo un movimiento.

—Figúrese usted, continuó Pachita dirigiéndose á Doña Loreto, como se va á casar su hijo me figuré que bien podía comprar ese ruedo para regalarle unas enaguas á la novia. ¡Ernesto está gastando tanto dinero!...

—Con qué no las quiso, dijo Doña Loreto dirigiéndose á Altagracia.

—No, señora.

—¿Y qué dijo?

—Que no, por que ya tenía todo lo necesario.

—Echadora, dijo Doña Loreto. No, pues por doce reales, que es lo más que han ofrecido, yo las tomo.

—¿Al contado? se atrevió á decir Pachita.

—Cuando digo que yo las tomo.

—Lo preguntaba porque como me acaba V. de decir que su marido de usted está muy gastado, y que hasta que pase la boda...

—Sí, es cierto; pero esto es aparte.

—Hija, ¿no tomas tu atole? le preguntó Pachita á Altagracia.

—No, mamá; ya tomé mi sandwich.

—¿Qué sandwich?

—El que me dá Don Librado.

—¿Quién es Don Librado?

—Don Librado; el español de la tienda de la esquina; siempre me ofrece sandwich ó pasas, y yo no lo tomo porque me da vergüenza, pero ahora tenía mucha hambre y me lo comí.

Pachita cerró los ojos por un momento como si viera un precipicio; pero guardó silencio.

—Además, aquí está este medio que me dió un señor.

Pachita lo tomó pensando que era el único dinero que había en la casa. Se limpió una lágrima con el dorso de la mano derecha y siguió cosiendo.

Doña Loreto se despidió llevándose

el tejido. Pachita pensó que podría con el mes de trabajo empleado en aquel tejido tomar sus cucharadas.

Pachita, Altagracia, los dos corrijendos y el cojito, eran la familia de un maridito que había acertado á morir de tifo el año pasado.

Pachita no había tenido más época bonancible en su vida que su luna de miel. Su marido también había sido garboso como Ernesto. En aquel cuarto dismantelado y sucio, de paredes ensalitradas, permanecía todavía clavada junto á un retrato de Zaragoza la fotografía que representaba á Pachita vestida de novia, con velo y corona, tomada de la mano de un jovencito trigueño y desmedrado, con sus guantes blancos fuera de foco, y en antiartístico contraste con su compañera, que en la flor de su edad estaba rozagante. Después de la luna de miel

empezó á caer hiel gota á gota en el corazón de Pachita. Vinieron las penurias, el hambre, el malestar, la bilis, la guerra doméstica, las lágrimas, la desesperación y por fin esa terrible caída de los desgraciados que ruedan del dolor á la disipación. El marido de Pachita se prostituyó y se murió en seguida.

